SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
TURISMO/12
DOMINGO 28 DE FEBRERO DE 1999

KATMANDÚ

La legendaria ciudad del reino de Nepal

NOTICIERO

Fiestas camperas

En el mes de marzo, la provincia de Buenos Aires va a estar de fiesta en fiesta. Durante la primera semana, en Coronel Vidal celebran la Fiesta Nacional del Potrillo; en Tres Arroyos, la Fiesta Provincial del Trigo; en Patagones, la Fiesta del 7 de Marzo, conmemorando el combate contra el Imperio del Brasil que se libró en 1827 en el Cerro La Caballada; en Bolívar, el festival artístico Cantabolívar '99 en el Parque las Acolláradas; en General Lavalle, la Fiesta Semana de Santos Vega en la cual se elegirá a la Flor del Pago; y en Ramallo, el Festival de Música del Litoral Ramallo '99 Porá en el Paseo Turístico Arturo Jauretche. En las siguientes semanas, el programa de festejos continúa con la Fiesta de las Tropillas y la Tradición en Lobería; la Fiesta de la Semana Fallera en Mar del Plata; la Fiesta del Ternero y Día de la Yerra en Ayacucho; la Expochacra '99 en Pergamino y la Fiesta de la Guitarra en Dolores.

Semana Santa en las sierras

La Escuela de Montaña de Buenos Aires ha preparado un programa para pasar Semana Santa en las 400 hectáreas de la estancia Cerro Blanco, ubicada en las Sierras Altas de Córdoba, cerca del Macizo de los Gigantes y a sólo 30 kilómetros de Villa Carlos Paz. Informes: Tel-Fax 823-75697746. E-mail: luisrenteria@hotmail.com

EN LA CIUDAD DE LOS MEDICI, EL ARTE DEL RENACIMIENTO Y LA

Florencia y la costumbre

Nacida como una colonia etrusca 200 años antes de Cristo, Florencia se convirtió en una de las ciudades-Estado más poderosas y culturalmente influyentes en la Edad Media. Pero fue en el siglo XV cuando alcanzó un desarrollo político, cultural y artístico inédito que desembocó en el Renacimiento. Arte y belleza en los museos, las calles y el paisaje.



CASAS DE VARIOS PISOS SOBRE EL PONTE VECCHIO, CON UNA CALLECITA EN EL PRIMER NIVEL.

Por Florencia Podestá

Esperando encontrar una ciudad renacentista llena de serena majestad, nos vemos de pronto en medio de un embotellamiento de autos, colectivos enormes y miríadas de Vespas tronantes. Las calles centrales de Florencia son sólo eso, calle: no hay vereda. Así que el peatón camina codo a codo con los autos y las motos.

En el colectivo le indicamos al chofer "al Ostello per la Gioventu, per favore", aunque el hombre ya lo dedujo por nuestra mochila. Nadie mira; para los fiorentinos el turismo es una segunda piel. En una esquina tenemos una visión deslumbrante que dura un segundo y desaparece cuando el colectivo dobla, pero es inolvidable. Un edificio imposible venido de otra dimensión, un palacio sacado de alguna de las historias orientales de Gerard de Nerval, un sueño de opio de Baudelaire. Entre las fachadas sosegadas de tonos pastel y construcciones antiguas de modesta piedra, una mole resplandeciente con intrincadísimos diseños de mármol blanco, rosado y verde. Es el famosísimo Duomo de Florencia, una de las obras arquitectónicas más perfectas e impresionantes imaginadas por el hombre occidental. Comenzó a construirse 1296, pero fue durante el Renacimiento cuando el arquitecto Brunelleschi ganó un concurso público para diseñar la gigantesca cúpula, única en su clase. Aunque desde la cúpula (previo pago de algunas liras) la vista de Florencia es magnífica, es aun mejor desde el vecino campanario de Giotto (previo pago de algunas liras) porque, claro, se ve el Duomo. Llama la atención el interior despojado y casi ascético, de paredes lisas y sin adornos, en contraste con el exterior tan festivo. Pero, obviamente, para aquellos artistas no existía lo casual: la intención era precisamente crear un espacio para recogimiento espiritual y expresar que el interior –el alma– debe ser humilde y austero.

Después de un largo recorrido (Florencia es mucho más grande de lo que suponíamos) llegamos al Ostello, que queda en el límite de la ciudad. Este es un límite claro, sin indecisiones: termina la calle, y empieza la colina verde. "La" cabecea el chofer señalando una enorme y antigua reja de hierro justo donde comienza la colina. Con gran expectativa, cruzamos la reja y fue como atravesar una frontera abstracta. La ciudad, el ruido y el smog quedan atrás y no pasan. Instantáneamente, el silencio, el aroma fresco de campo, el canto de los grillos. Comenzamos a subir la colina verde, arbolada, con olivares y viñedos en las laderas. Allí arriba, construido en una villa renacentista reciclada, con frescos, jardines y terrazas, está el Ostello Villa Camerata. Su atmósfera mágica es una de las grandes sorpresas de Florencia.

Los días que siguen son de exploración, antropología artística podríamos decir. Cada espacio urbano de Florencia es una obra de arte, la expresión de un sentido artístico que no está en una obra o en un edificio particular, sino en la concepción global del espacio habitable como medio para exaltar la sensibilidad; todo es expresión de una cultura que creó para sí misma, para su "todos los días", la costumbre de la belleza y la elevación del alma.

LA PERFECCIÓN DEL "DAVID".

Cada espacio urbano de Florencia es una obra de arte, la expresión de un sentido artístico que no está en una obra o en un edificio particular, sino en la concepción global del espacio habitable.

Los museos florentinos

Si bien nunca es recomendable una sobredosis de museos, en Florencia es imprescindible recorrer al menos dos: los Uffizi y la Galleria dell'Accademia, donde está el "David" de Miguel Angel.

La colección de pinturas del Palazzo degli Uffizi es la más importante de Italia. Alberga obras del Medioevo y el Renacimiento italiano y europeo, legado de la familia Medici. Cada sección es maravillosa pero, al menos para la cronista, entre lo más conmovedor está la pintura medieval tardía de la escuela fiorentina y sienesa, acaso porque toda su belleza y perfección técnica no ensombrece ni un ápice esa ingenuidad luminosa de los pintores en cuanto a la estética. Ellos poseían una fe total en su arte como expresión de una huella de lo divino, en contraste con la idea

PERFECCIÓN DEL PAISAJE

de la belleza



EL RÍO ARNO Y LOS ARCOS DEL PONTE VECCHIO, UNO DE LOS ICONOS DE LA CIUDAD.



LA GIGANTESCA CÚPULA DEL DUOMO FUE CONSTRUIDA EN EL RENACIMIENTO.

moderna de una esfera autónoma llamada "estética", y su culminación en el arte conceptual contemporáneo. Escenas brillantes de rojos, azules ydorados, pintadas con detalles microscópicos, que narran vidas de Cristo y de santos, recientemente restauradas, de Gaddi, Giottino, Daddi, Lippi, Fra Angelico y el inigualable Lorenzetti. Giotto, Cimabue y "La Adoración de los Reyes", de Fabriano. También los grandes detalles excitan nuestra veta exploradora, como la incongruencia de unos pies grandes, grotescos y nudosos en los delicados seres de Boticcelli; o las insólitas alas de pájaros exóticos que Van Der Goes pone a sus ángeles, por ejemplo de papagallo con plumas rojas, amarillas y azules, o de pavo real con su típico diseño tornasolado, aunque sin desdeñar el veteado rosa-gris de una paloma torcaza en algún ángel menor. Otros nombres pesados en los Uffizi son Miguel Angel, Tintoretto, Caravaggio, Tiziano, Rembrandt y Rubens.

En la Accademia hay algunas esculturas no terminadas de Miguel Angel –sus expresivos Esclavos, o Prisioneros– pero la gran atracción es sin duda el David. Aun para quienes no crean ser especialmente sensibles a la escultura, el David es una experiencia de otro orden. Trasciende toda apreciación crítica o estética, cualitativa o cuantitativa, y la única idea que inunda al alma es "perfección".

La ciudad de los Medici

Para las plazas de Florencia no hay que pagar entrada, y una de las más bellas es la Piazza della Signoria, en donde fue ejecutado el reformador Savonarola. Allí, frente a un patio de esculturas del Renacimiento, se encuentra el majestuoso Palazzo Vecchio, terminado en 1314. Fue la antigua sede del gobierno florentino hasta que en el siglo XVI lo ocuparon los Medici. La decoración extravagante y los frescos de los patios interiores en colores vivos nos sugieren algo del lujo con que se vivía antaño. Los Medici también residieron en el Palazzo Pitti, donde hoy funcionan varios museos. La saga de esta familia termina en las Capelle Medici, cerca de la Piazza del Mercato Centrale; los grandes duques de los Medici están sepultados en la suntuosa Cappella dei Principi, decorada con mármol y piedras semipreciosas. Allí, en la Sagrestia Nuova, se encuentran las hermosas esculturas de Miguel Angel: "Noche y Día", "Alba y Crepúsculo", y la "Madonna con el niño". En la vecina Basílica de San Lorenzo, reconstruida por Brunelleschi también para los Medici, hay trabajos de Donatello; además, para los filólogos aficionados puede ser muy interesante investigar la gigantesca Biblioteca Laurenziana, diseñada por Miguel Angel para albergar la colección de los Medici de diez mil manuscritos.

En el Mercato Centrale

Para cambiar de aires viene bien un paseo por el Mercato Centrale, una especie de feria al aire libre en donde se puede encontrar todo tipo de ropa nueva y usada. En las escaleras de la piazza un grupo de jóvenes semihippies tocan los tambores, unas tumbadoras traídas seguramente de Africa. Es probable que muchos de los vendedores callejeros negros sean de origen tunecino, un país que está a pocas horas de ferry de Sicilia. El idioma italiano suena extraño en sus bocas musulmanas. Muchos inmigrantes tratan de sobrevivir en las plazas de Florencia. Entre italianas e italianos que se pasean con sus atuendos superchic y siempre a la moda, frente a las boutiques carísimas y de firma, los inmigrantes venden todo tipo de souvenir, muñequito mecánico o gadget inútil y uno se pregunta si alguna vez alguien les compra algo.

El Ponte Vecchio es uno de los iconos de la ciudad. Es un espacio muy original, porque es un puente hecho de casas de varios pisos, con una callecita en el primer nivel; no tiene barandas, sino muros y ventanas. Antiguamente estaba ocupado por carniceros, pero hoy es una especie de minigalería comercial apretada en donde se vende oro y plata. Es el único puente de Florencia que sobrevivió a los bombardeos nazis.

Paisaje desde las colinas

Aunque suene a pecado mortal hay que admitir que Florencia, con su agitación, su smog y su tráfico como una versión a escala de una metrópolis, cansa. Llegado este momento, nos vamos a las colinas, las gloriosas colinas florentinas. Encaramos para el lado de Fiesole, una población cuyo origen se remonta a tiempos etruscos. Desde aquí, alto en las colinas, tenemos una vista única de Florencia extendiéndose más allá de los viñedos y los olivares. En un segundo nos vienen a la mente todas las pinturas renacentistas de paisajes en los que en un plano lejano, detrás de los personajes, se ven colinas suaves y algunos árboles -cipreses–, en medio de una bruma soleada. Pasamos toda una tarde, o dos, o tres, internándonos en los bosques, bajando y subiendo cada vez más. Por fin nos sentamos sobre la hierba amarilla de flores en la cima de la colina más alta. De un lado el valle cultivado, los viñedos en líneas perfectas secundados por grandes villas renacentistas aquí y allá, y grupos boscosos de verde oscuro sobre praderas doradas; colinas verdes y algunos espigados cipreses hasta donde alcanza la vista. Del otro lado, más colinas y casas que se van reuniendo hasta hacerse ciudad. El ruido y el smog, lejos, como debe ser, y las cúpulas más altas por debajo de nosotros, para que podamos ver en ellas los últimos rayos de sol.

Para los filólogos aficionados puede ser muy interesante investigar la gigantesca Biblioteca Laurenziana, diseñada por Miguel Angel para albergar la colección de los Medici de diez mil manuscritos.

Datos útiles

✪ Para alojarse, los Albergues para la Juventud son la opción más barata. A pesar del nombre, no hay límite de edad, pero hay que aclarar que las habitaciones se comparten entre varios. Hay dos: el Ostello Villa Camerata y el Ostellos Archi Rossi y valen alrededor de 14 U$S la noche, con desayuno. También hay innumerables hoteles y pensiones, en donde una habitación para dos puede vale de 50 U$S para arriba.

✪ Quienes quieran pasear por la campiña, pueden contactarse con "I Bike Italy", tel. 234 23 71; ofrecen excursiones diarias en bicicleta de montaña en alrededores de Florencia, la Toscana y Umbría.

✪ Florencia puede ser un lugar inigualable para aprender italiano. Existen varias escuelas para extranjeros (un mes es la duración mínima del curso): Algunas son: Centro Lingüístico Italiano Dante Alighieri, tel. 234 29 86.

Instituto Europeo, tel. 238 10 71. Istituto di Lingua e Cultura Italiana per Stranieri Michelangelo, tel. 24 09 75.


PIRA FUNERARIA A ORILLAS DEL RÍO BAGMATI.


SANTUARIOS EN LAS CALLES.


TEMPLO CERCA DE LA PLAZA DURBAR.


EL DIOS GARUDA. LA DEIDAD HOMBRE-PÁJARO, MENSAJERO DE VISHNU.


EN EL VALLE DE KATMANDÚ. LA PLAZA DE

VIAJE A KATMANDU, LA CAPITAL D

Bajo la somb

Enclavada en una encrucijada de grandes civilizaciones –China y la India–, Katmandú es una ciudad legendaria y medieval, sin edificios modernos ni carteles luminosos, y con un templo en cada esquina. El budismo y el hinduismo impregnan cada rincón y cada alma de este mítico lugar.

Por Julián Varsavsky

A la izquierda del avión, pueden ver el pico nevado del monte Everest, que le da la bienvenida al histórico Reino de Nepal, lugar de nacimiento de Buda hace 2500 años", dijo el comandante, y un vibrante escozor nos subió por todo el cuerpo hasta escapar por los ojos.

En la cola de migraciones del aeropuerto, un hombre descalzo de aspecto mendicante, envuelto en una túnica blanca, con largos mechones de pelo trenzado que le llegaban hasta la cadera, esperaba su turno junto a los demás pasajeros. Tenía los pies negrísimos de suciedad por no haberse calzado nunca en los últimos 50 años, según me comentó en un inglés sencillo. Era un "Saddhu"; un hombre santo del hinduismo que había abandonado la vida mundana para dedicarse al ascetismo y a vivir de manera errante por las calles de Katmandú. Regresaba de la India, donde había asistido a un encuentro religioso. Frente a ese hombre, nosotros sentimos que habíamos llegado desde un mundo demasiado lejano.

Durante el viaje en taxi hasta el Thamel, un barrio con infinidad de hoteles y tiendas de artesanía, empezamos a vislumbrar la legendaria imagen de Katmandú: una ciudad de casas bajas con ladrillos al desnudo, techos de madera carcomidos por el tiempo y puertas diminutas de un metro y medio de alto. Infinidad de pagodas con techos romboidales superpuestos se entremezclan con las casas, y todo parece antiguo, casi ruinoso, pero rebosante de vida y actividad. Autos destartalados, rickshaws (triciclos a pedal que funcionan como taxi) y motos recorren la ciudad y son casi la única prueba de que estamos en el siglo XX. Katmandú parece anclada en la Edad Media y es una de las pocas capitales del mundo donde la modernidad aún no ha posado su mano: no hay un solo edificio de 4 pisos, ni supermercados o carteles luminosos. Las angostas calles prácticamente no tienen iluminación (salvo en el barrio Thamel) y se necesita una linterna para recorrerlas de noche. Al caminar por Katmandú nos invade la sensación de estar pisando otro mundo; un universo atemporal con sus propias reglas, donde absolutamente todo es extraño.

En cualquier ciudad occidental, la apertura de un camino arrasa con todo lo que se interponga a su paso. En Katmandú, las calles se desvían ante cada obstáculo: un templo hindú, un santuario budista de 1000 años de antigüedad, o una piedra con caracteres sánscritos erosionados con el correr de los siglos son razón suficiente para que los caminos hagan repentinas desviaciones. El resultado es que las calles son un caótico laberinto. Y, si el tráfico es interrumpido por una vaca sagrada, son los vehículos los que se desvían mientras el animal descansa en medio de la calle. Es que la lógica de los nepaleses es radicalmente distinta del frío racionalismo occidental, y acaso ésta sea una pista para develar alguno de los enigmas de Katmandú. Para los nativos, en su mayoría hinduistas, y en menor medida budistas, cada acto de la vida cotidiana posee una trascendencia superior, donde todo pareciera tener un fin religioso. Se dice que Buda caminó alguna vez por estas calles, donde cada mañana, en tanto el sol se asoma sobre el Himalaya, las mujeres se dirigen con solemnidad a los templos de cada barrio portando bandejas con pétalos de flores y un polvillo rojo con el que frotan oscuras estatuas del siglo X expuestas en plena calle. Un concierto de campanadas bendice el amanecer: cada fiel hace sonar las campanas al ingresar en los templos para despertar a los dioses. La santidad emana de cada rincón de este museo callejero e invade todos los espacios de la cotidianidad; y al turista también, quien inevitablemente ingresa en otra dimensión de vida. Es como si cada paso estuviese regido por un ceremonial sagrado que todos parecen arrastrar desde la eternidad.

Pashupatinath

El lugar más impactante de Katmandú es el templo de Pashupatinath, a orillas del río Bagmati –una arteria del sagrado río Ganges– que, al descender del Himalaya, comunica a los hombres con los dioses; así lo sentencia el Rig Veda, uno de los libros más antiguos de la humanidad. Existen crónicas que hablan de la existencia de este templo en el año 400 a.C. En su interior sobresale un gigantesco "lingam" –monolito de forma fálica que representa el poder destructor de Shiva–. De acuerdo con una tradición milenaria, cada día los fieles descienden por unas anchas escalinatas de piedra hasta las aguas del Bagmati donde realizan inmersiones en el río totalmente contaminado. Es que los peregrinos no van a refrescarse sino a purificar sus almas.

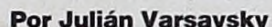
Un concierto de campanadas bendice el amanecer. Al ingresar a los templos, cada fiel hace sonar las campanas para despertar a los dioses. La santidad emana de cada rincón de Katmandú e invade todos los espacios de la cotidianeidad.

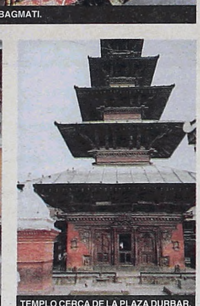

EL HINDUISMO Y EL BUDISMO COEXISTEN EN UN MISMO TEMPLO.

La sensación más intensa de este viaje me esperaba a un lado del templo, donde asistí a una de las cremaciones que se realizan cada día sobre piras funerarias a la vera del río. Según el escritor Elías Canetti, cuando viajamos lo toleramos todo, y nos sentimos fascinados ante lo más atroz sólo porque es novedoso: "Los buenos viajeros son despiadados". El cadáver yacía a cielo abierto sobre unos leños, mientras dos monjes realizaban los últimos rituales antes de en-

Fotos: Julián Varsavsky


PIRA FUNERARIA A ORILLAS DEL RÍO BAGMATI.



SANTUARIOS EN LAS CALLES.


TEMPLO CERCA DE LA PLAZA DURBAR.


EL DIOS GARUDA. LA DEIDAD HOMBRE-PÁJARO, MENSAJERO DE VISHNU.


EN EL VALLE DE KATMANDÚ. LA PLAZA DEL PUEBLO DE BAHKTAPUR, DECLARADO PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD POR LA UNESCO.

UN "SADDHU" EN LA PLAZA DURBAR.

LA DIOSA KALI, CONSORTE DE SHIVA.

VIAJE A KATMANDU, LA CAPITAL DEL ENIGMATICO REINO DE NEPAL

Bajo la sombra del Himalaya

Enclavada en una encrucijada de grandes civilizaciones –China y la India–, Katmandú es una ciudad legendaria y medieval, sin edificios modernos ni carteles luminosos, y con un templo en cada esquina. El budismo y el hinduismo impregnan cada rincón y cada alma de este mítico lugar.

Por Julián Varsavsky

"A la izquierda del avión, pueden ver el pico nevado del monte Everest, que le da la bienvenida al histórico Reino de Nepal, lugar de nacimiento de Buda hace 2500 años", dijo el comandante, y un vibrante escozor nos subió por todo el cuerpo hasta escapar por los ojos.

En la cola de migraciones del aeropuerto, un hombre descalzo de aspecto mendicante, envuelto en una túnica blanca, con largos mechones de pelo trenzado que le llegaban hasta la cadera, esperaba su turno junto a los demás pasajeros. Tenía los pies negrísimos de suciedad por no haberse calzado nunca en los últimos 50 años, según me comentó en un inglés sencillo. Era un "Saddhu"; un hombre santo del hinduismo que había abandonado la vida mundana para dedicarse al ascetismo y a vivir de manera errante por las calles de Katmandú. Regresaba de la India, donde había asistido a un encuentro religioso. Frente a ese hombre, nosotros sentimos que habíamos llegado desde un mundo demasiado lejano.

Durante el viaje en taxi hasta el Thamel, un barrio con infinidad de hoteles y tiendas de artesanía, empezamos a vislumbrar la legendaria imagen de Katmandú: una ciudad de casas bajas con ladrillos al desnudo, techos de madera carcomidos por el tiempo y puertas diminutas de un metro y medio de alto. Infinidad de pagodas con techos romboidales superpuestos se entremezclan con las casas, y todo parece antiguo, casi ruinoso, pero rebosante de vida y actividad. Autos destartalados, rickshaws (triciclos a pedal que funcionan como taxi) y motos recorren la ciudad y son casi la única prueba de que estamos en el siglo XX. Katmandú parece anclada en la Edad Media y es una de las pocas capitales del mundo donde la modernidad aún no ha posado su mano: no hay un solo edificio de 4 pisos, ni supermercados o carteles luminosos. Las angostas calles prácticamente no tienen iluminación (salvo en el barrio Thamel) y se necesita una linterna para recorrerlas de noche. Al caminar por Katmandú nos invade la sensación de estar pisando otro mundo; un universo atemporal con sus propias reglas, donde absolutamente todo es extraño.

En cualquier ciudad occidental, la apertura de un camino arrasa con todo lo que se interponga a su paso. En Katmandú, las calles se desvían ante cada obstáculo: un templo hindú, un santuario budista de 1000 años de antigüedad, o una piedra con caracteres sánscritos erosionados con el correr de los siglos son razón suficiente para que los caminos hagan repentinas desviaciones. El resultado es que las calles son un caótico laberinto. Y, si el tráfico es interrumpido por una vaca sagrada, son los vehículos los que se desvían mientras el animal descansa en medio de la calle. Es que la lógica de los nepaleses es radicalmente distinta del frío racionalismo occidental, y acaso ésta sea una pista para develar alguno de los enigmas de Katmandú. Para los nativos, en su mayoría hinduistas, y en menor medida budistas, cada acto de la vida cotidiana posee una trascendencia superior, donde todo pareciera tener un fin religioso. Se dice que Buda caminó alguna vez por estas calles, donde cada mañana, en tanto el sol se asoma sobre el Himalaya, las mujeres se dirigen con solemnidad a los templos de cada barrio portando bandejas con pétalos de flores y un polvillo rojo con el que frotan oscuras estatuas del siglo X expuestas en plena calle. Un concierto de campanadas bendice el amanecer: cada fiel hace sonar las campanas al ingresar en los templos para despertar a los dioses. La santidad emana de cada rincón de este museo callejero e invade todos los espacios de la cotidianidad; y al turista también, quien inevitablemente ingresa en otra dimensión de vida. Es como si cada paso estuviese regido por un ceremonial sagrado que todos parecen arrastrar desde la eternidad.

Pashupatinath

El lugar más impactante de Katmandú es el templo de Pashupatinath, a orillas del río Bagmati –una arteria del sagrado río Ganges– que, al descender del Himalaya, comunica a los hombres con los dioses; así lo sentencia el Rig Veda, uno de los libros más antiguos de la humanidad. Existen crónicas que hablan de la existencia de este templo en el año 400 a.C. En su interior sobresale un gigantesco "lingam" –monolito de forma fálica que representa el poder destructor de Shiva–. De acuerdo con una tradición milenaria, cada día los fieles descienden por unas anchas escalinatas de piedra hasta las aguas del Bagmati donde realizan inmersiones en el río totalmente contaminado. Es que los peregrinos no van a refrescarse sino a purificar sus almas.

EL HINDUISMO Y EL BUDISMO COEXISTEN EN UN MISMO TEMPLO.

Un concierto de campanadas bendice el amanecer. Al ingresar a los templos, cada fiel hace sonar las campanas para despertar a los dioses. La santidad emana de cada rincón de Katmandú e invade todos los espacios de la cotidianeidad.

La sensación más intensa de este viaje me esperaba a un lado del templo, donde asistí a una de las cremaciones que se realizan cada día sobre piras funerarias a la vera del río. Según el escritor Elías Canetti, cuando viajamos lo toleramos todo, y nos sentimos fascinados ante lo más atroz sólo porque es novedoso: "Los buenos viajeros son despiadados". El cadáver yacía a cielo abierto sobre unos leños, mientras dos monjes realizaban los últimos rituales antes de encender el fuego. Toda la familia rodeaba el cuerpo del anciano muerto, y nadie parecía triste: para los hinduistas, el fin de la vida no posee un carácter trágico sino que lo consideran una liberación del sufrimiento que significa vivir. Finalmente, el integrante más joven de la familia –un niño– dio de beber al muerto un último sorbo de agua sagrada del río y encendió la pira. En dos horas no quedaría nada, y las cenizas serían esparcidas en el río. La mayoría de los nepaleses pasan por el fuego al término de sus vidas, pero no los "Saddhus", que al ser hombres sagrados no necesitan purificación: simplemente son depositados en las aguas y se los lleva la corriente.

Murmullos de un "mantra"

En Pashupatinath la mente se encandila de imágenes prodigiosas, una tras otra. Crucé el río a través de un puente y me encontré en medio de un parque con colinas y árboles muy altos, lleno de ruinosos templos abandonados que alguna vez tuvieron el color del fuego. Infinidad de monitos retozaban entre estatuas milenarias de dioses hindúes. El parque estaba prácticamente desierto, y el ambiente místico del lugar remitía a la época en que Buda se internó en los bosques convertido en un asceta. Recorrí los senderos al azar, y me crucé con mujeres que vestían coloridos "saris" hindúes mientras lucían orgullosas su tercer ojo de Shiva incrustado en la frente y pesados aros de oro en la nariz. Reinaba una paz absoluta matizada por el tintineo de un colgante de bronce que pendía del techo de un templo. De pronto empecé a oír un monótono e interminable murmullo: "Om Shri Ganesha" (Yo saludo al bendito Ganesha). La curiosidad me impulsó a recorrer uno por uno los oscuros santuarios, hasta que finalmente di con el "Saddhu" que recitaba obsesivamente su "mantra". Me asomé por detrás de una columna tallada con centenares de imágenes de Buda, y lo vi en penumbras sentado sobre sus piernas enroscadas en posición de loto, dentro de la pequeña sala de un templo abandonado. Estaba inmerso en una nube de humo de sahumerio con aroma a sándalo y tenía un aspecto casi monstruoso: el torso desnudo, la cara pintada de blanco y rojo, y el pelo de dos metros de largo. Además del aroma a sándalo, quedaban resabios de un olor inconfundible: la marihuana. Muchos de estos hombres santos que se ven por Katmandú fuman cigarros de hoja de canabis para entrar en trance místico y sumirse en profundas meditaciones. El "Saddhu" de Pashupatinath parecía llevar horas con la mirada perdida, totalmente desconectado de cualquier percepción del mundo exterior, mientras veneraba una herrumbrosa estatua de Shiva. A pesar de que me acerqué a sólo unos pasos de él, no pareció notar mi presencia.

El templo dorado

Acaso el rasgo más atractivo de Katmandú sea que, cuando uno menos espera encontrar algo, aparece un sorprendente tesoro. Entre las calles nacen inexplicables corredores y pasadizos con techos bajos que desembocan en grandes patios con algún templo rodeado de casas que parecen a punto de desplomarse. Al azar elegí uno de esos corredores y enseguida me topé con otro custodiado a la entrada por dos leones de piedra. Un hombre me indicó con el dedo que entrara, y al final había un estrecho patio con un sobrecargado y misterioso templo budista que albergaba una variedad de tesoros que jamás hubiera imaginado encontrar allí. El santuario tenía forma de pagoda, con tres techos dorados superpuestos, alrededor del cual circulaban unos monjes tibetanos con túnicas carmesí, descalzos y totalmente rapados, que recitaban un antiguo rezo. No había turistas allí, y el ambiente era enrarecido por las campanadas, el humo del incienso y maravillosas estatuillas de plata y bronce con la imagen de Buda. A través de una crujiente escalera de madera, decorada con estandartes, me dirigí al piso superior, donde meditaban unas mujeres sentadas en el piso entre paredes que tenían dibujada la historia de Buda. Días después, leyendo una guía de viajes, supe que había estado en el mítico "Templo Dorado", un lugar no muy visitado por lo difícil que es encontrarlo.

Los caminos a Katmandú

En Nepal, los misterios y las revelaciones rigen los pasos del turista. Funcionan como un cebo que estimula constantemente la curiosidad, y nos impulsan a alcanzar rápido cada esquina con la ilusión de encontrar algo sorprendente, desconocido. En *Los caminos a Katmandú*, el novelista René Barjavel escribió: "Quien llegue a esta ciudad no reconocerá lo aquí escrito. Quienes sigan los caminos que llevan allá no identificarán los caminos de este relato. Cada uno sigue su camino, que no es igual a ningún otro, y nadie desemboca en el mismo lugar".

Kumari, una diosa viviente

Como si se tratara de un cuento de realismo mágico, en una casa al costado de la Plaza Durbar habita Kumari, una niña de 7 años considerada la reencarnación de la diosa Kali. La chica fue seleccionada a los 4 años entre muchas otras tras haber pasado 32 ancestrales pruebas que certificaron que ella era la elegida por Shiva como reencarnación de su consorte. En una de esas pruebas, la niña fue expuesta a sonidos monstruosos en la oscuridad de un cuarto: Kumari fue la única que no lloró, y ahora vive recluida con su familia en una agradable casa de la cual sólo sale una vez al año, transportada en andas sobre un palanquín ya que no debe pisar el suelo. A veces se la puede ver saludando tras los ventanales de madera labrada de su cuarto. Cuando Kumari tenga su primera menstruación, ésta será la señal de que habrá dejado de ser una diosa y entonces retornará al mundo de los mortales para llevar una vida normal. Finalmente, una nueva deidad ocupará su lugar.

Datos útiles

- **Cómo llegar:** Se llega vía Bangkok; una buena oportunidad para conocer la maravillosa capital tailandesa. El pasaje cuesta alrededor de 1650 dólares por South African Airways (precio de agencia de viajes). La visa se gestiona en el aeropuerto y hay que llevar fotos.
- **Alojamiento:** En el barrio Thamel hay más de 50 hoteles. Un buen hotel 2 estrellas, limpio y con habitaciones alfombradas, cuesta sólo 4 dólares: Potala Tourist Home, calle Tridevi Marg (s/n), tel.: 426109, fax: 426109 (llamar por operadora). El hotel Dwarikas Katmandú (Box 659-Battisputali- tel.:414770) cuesta 40 dólares la habitación.
- **Transporte:** La mejor forma de recorrer Katmandú es a pie y en bicicleta de alquiler. Los taxis son muy baratos (regateo obligatorio).
- **Idioma:** La influencia inglesa dejó su huella en Nepal, y una parte de la población habla un inglés elemental.
- **Seguridad:** Nepal es muy seguro; sin dudas mucho más que cualquier capital latinoamericana o que Nueva York.
- **Comida:** El plato tradicional es el Dhal Bhat, en base a arroz, pollo y curry. Los nativos lo comen usando la mano como una cuchara. La especialidad de Katmandú son los pasteles de manzana más sabrosos que sea posible imaginar. La mejor comida está en los restaurantes tibetanos.
- **Clima:** Clima templado. En julio la temperatura media es de 27 grados y en enero, de 10 grados.

Fotos: Julián Varsavsky



DEL PUEBLO DE BAHKTAPUR, DECLARADO PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD POR LA UNESCO.

Kumari, una diosa viviente

Como si se tratara de un cuento de realismo mágico, en una casa al costado de la Plaza Durbar habita Kumari, una niña de 7 años considerada la reencarnación de la diosa Kali. La chica fue seleccionada a los 4 años entre muchas otras tras haber pasado 32 ancestrales pruebas que certificaron que ella era la elegida por Shiva como reencarnación de su consorte. En una de esas pruebas, la niña fue expuesta a sonidos monstruosos en la oscuridad de un cuarto: Kumari fue la única que no lloró, y ahora vive recluida con su familia en una agradable casa de la cual sólo sale una vez al año, transportada en andas sobre un palanquín ya que no debe pisar el suelo. A veces se la puede ver saludando tras los ventanales de madera labrada de su cuarto. Cuando Kumari tenga su primera menstruación, ésta será la señal de que habrá dejado de ser una diosa y entonces retornará al mundo de los mortales para llevar una vida normal. Finalmente, una nueva deidad ocupará su lugar.



UN "SADDHU" EN LA PLAZA DURBAR.



LA DIOSA KALI, CONSORTE DE SHIVA.

DEL ENIGMATICO REINO DE NEPAL

bra del Himalaya

cender el fuego. Toda la familia rodeaba el cuerpo del anciano muerto, y nadie parecía triste: para los hinduistas, el fin de la vida no posee un carácter trágico sino que lo consideran una liberación del sufrimiento que significa vivir. Finalmente, el integrante más joven de la familia –un niño– dio de beber al muerto un último sorbo de agua sagrada del río y encendió la pira. En dos horas no quedaría nada, y las cenizas serían esparcidas en el río. La mayoría de los nepaleses pasan por el fuego al término de sus vidas, pero no los "Saddhus", que al ser hombres sagrados no necesitan purificación: simplemente son depositados en las aguas y se los lleva la corriente.

Murmullos de un "mantra"

En Pashupatinath la mente se encandila de imágenes prodigiosas, una tras otra. Crucé el río a través de un puente y me encontré en medio de un parque con colinas y árboles muy altos, lleno de ruinosos templos abandonados que alguna vez tuvieron el color del fuego. Infinidad de monitos retozaban entre estatuas milenarias de dioses hindúes. El parque estaba prácticamente desierto, y el ambiente místico del lugar remitía a la época en que Buda se internó en los bosques convertido en un asceta. Recorrí los senderos al azar, y me crucé con mujeres que vestían coloridos "saris" hindúes mientras lucían orgullosas su tercer ojo de Shiva incrustado en la frente y pesados aros de oro en la nariz. Reinaba una paz absoluta matizada por el tintineo de un colgante de bronce que pendía del techo de un templo. De pronto empecé a oír un monótono e interminable murmullo: "Om Shri Ganesha" (Yo saludo al bendito Ganesha). La curiosidad me impulsó a recorrer uno por uno los oscuros santuarios, hasta que finalmente di con el "Saddhu" que recitaba obsesivamente su "mantra". Me asomé por detrás de una columna tallada con centenares de imágenes de Buda, y lo vi en penumbras sentado sobre sus piernas enroscadas en posición de loto, dentro de la pequeña sala de un templo abandonado. Estaba inmerso en una nube de humo de sahumerio con aroma a sándalo y tenía un aspecto casi monstruoso: el torso desnudo, la cara pintada de blanco y rojo, y el pelo de dos metros de largo. Además del aroma a sándalo, quedaban resabios de un olor inconfundible: la marihuana. Muchos de estos hombres santos que se ven por Katmandú fuman cigarros de hoja de canabis para entrar en trance místico y sumirse en profundas meditaciones. El "Saddhu" de Pashupatinath parecía llevar horas con la mirada perdida, totalmente desconectado de cualquier percepción del mundo exterior, mientras veneraba una herrumbrosa estatua de Shiva. A pesar de que me acerqué a sólo unos pasos de él, no pareció notar mi presencia.

El templo dorado

Acaso el rasgo más atractivo de Katmandú sea que, cuando uno menos espera encontrar algo, aparece un sorprendente tesoro. Entre las calles nacen inexplicables corredores y pasadizos con techos bajos que desembocan en grandes patios con algún templo rodeado de casas que parecen a punto de desplomarse. Al azar elegí uno de esos corredores y enseguida me topé con otro custodiado a la entrada por dos leones de piedra. Un hombre me indicó con el dedo que entrara, y al final había un estrecho patio con un sobrecargado y misterioso templo budista que albergaba una variedad de tesoros que jamás hubiera imaginado encontrar allí. El santuario tenía forma de pagoda, con tres techos dorados superpuestos, alrededor del cual circulaban unos monjes tibetanos con túnicas carmesí, descalzos y totalmente rapados, que recitaban un antiguo rezo. No había turistas allí, y el ambiente era enrarecido por las campanadas, el humo del incienso y maravillosas estatuillas de plata y bronce con la imagen de Buda. A través de una crujiente escalera de madera, decorada con estandartes, me dirigí al piso superior, donde meditaban unas mujeres sentadas en el piso entre paredes que tenían dibujada la historia de Buda. Días después, leyendo una guía de viajes, supe que había estado en el mítico "Templo Dorado", un lugar no muy visitado por lo difícil que es encontrarlo.

Los caminos a Katmandú

En Nepal, los misterios y las revelaciones rigen los pasos del turista. Funcionan como un cebo que estimula constantemente la curiosidad, y nos impulsan a alcanzar rápido cada esquina con la ilusión de encontrar algo sorprendente, desconocido. En *Los caminos a Katmandú*, el novelista René Barjavel escribió: "Quien llegue a esta ciudad no reconocerá lo aquí escrito. Quienes sigan los caminos que llevan allá no identificarán los caminos de este relato. Cada uno sigue su camino, que no es igual a ningún otro, y nadie desemboca en el mismo lugar".

Datos útiles

Cómo llegar: Se llega vía Bangkok; una buena oportunidad para conocer la maravillosa capital tailandesa. El pasaje cuesta alrededor de 1650 dólares por South African Airways (precio de agencia de viajes). La visa se gestiona en el aeropuerto y hay que llevar fotos.

Alojamiento: En el barrio Thamel hay más de 50 hoteles. Un buen hotel 2 estrellas, limpio y con habitaciones alfombradas, cuesta sólo 4 dólares: Potala Tourist Home, calle Tridevi Marg (s/n), tel.: 426109, fax: 426109 (llamar por operadora). El hotel Dwarikas Katmandú (Box 659-Battisputali- tel.:414770) cuesta 40 dólares la habitación.

Transporte: La mejor forma de recorrer Katmandú es a pie y en bicicleta de alquiler. Los taxis son muy baratos (regateo obligatorio).

Idioma: La influencia inglesa dejó su huella en Nepal, y una parte de la población habla un inglés elemental.

Seguridad: Nepal es muy seguro; sin dudas mucho más que cualquier capital latinoamericana o que Nueva York.

Comida: El plato tradicional es el Dhal Bhat, en base a arroz, pollo y curry. Los nativos lo comen usando la mano como una cuchara. La especialidad de Katmandú son los pasteles de manzana más sabrosos que sea posible imaginar. La mejor comida está en los restaurantes tibetanos.

Clima: Clima templado. En julio la temperatura media es de 27 grados y en enero, de 10 grados.

MINITURISMO: JUNIN Y LA LAGUNA DE GOMEZ

En el oeste bonaerense



Por Leonardo Larini

El cronista abandona la fatal trilogía del verano porteño –subte/bondi/ascensores– y parte rumbo a una de las lagunas del territorio bonaerense más conocidas por los aficionados a la pesca, ubicada en los alrededores de la ciudad de Junín, localidad que se encuentra a 260 kilómetros de la Capital Federal.

Frecuentada históricamente por pescadores, la Laguna de Gómez también se ha convertido en un importante centro turístico alternativo de las diversas opciones que ofrece la provincia de Buenos Aires durante el verano. Tanto es así que por momentos uno cree estar en cualquiera de los balnearios de la costa atlántica, ya que el nuevo Camino Costero y el recién inaugurado parador Jasón le brindan al lugar las típicas características de las playas argentinas: exquisito aroma a rabas, infartantes mujeres, buena música y bellísimos atardeceres.

Apenas se ingresa al predio de la laguna, se abre hacia la derecha el Camino Costero que lleva al nuevo parador construido con pino de Pinamar. En sus dos terrazas con mesas y reposeras es posible saborear todo tipo de sandwiches y deliciosas sangrías y clericó mientras se disfruta del sol o, al atardecer, de alguna de las bandas que ocasionalmente brindan su show en vivo. Por la noche –de lunes a jueves– se sirven pastas italianas preparadas especialmente por el chef Gustavo Chaves, recién llegado de la sucursal San Pablo de la conocida cadena internacional Bice, quien luce su chaqueta autografiada por Bono cuando U2 pasó por Brasil hace un año. El cronista se decide por los penne rigatti con salsa rabiata con camarones y los saborea mientras contempla una deslumbrante luna llena que tapiza de luz cristalina al agua oscura de la laguna. A lo lejos, como si fuera una típica postal caribeña, navega iluminado el catamarán "Arquímedes".

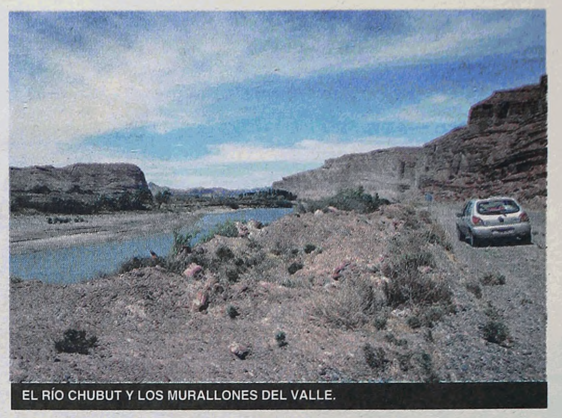
Construido en Junín, el flamante "Arquímedes" ofrece paseos turísticos los sábados y domingos a partir de las 15. La duración es de 40 minutos y la tarifa de 3 pesos. Desde su solarium con bar en la cubierta superior es posible apreciar las hermosas vistas que ofrece la Laguna.

La otra zona de la Laguna de Gómez, la más amplia, consta de dos grandes rotondas alrededor de las cuales se concentran infinidad de parrillas, bares, kioscos, posadas y todo lo necesario para disfrutar de la estadía veraniega. Si no se prefiere la carpa, se pueden alquilar las casillas -en varias de ellas viven las 280 personas que conforman la población estable de la Laguna– equipadas con lo indispensable. En el futuro, el hospedaje se extenderá a la zona del Camino Costero donde se está proyectando la construcción de un complejo de bungalows.

En el balneario, también tienen lugar diversos deportes náuticos: wind-surf, jet-ski, parapente, ski acuático, motonáutica y yatching. El Club Náutico Junín ofrece alquiler de embarcaciones y servicio de rampa para bajada de lanchas. También pueden alquilarse botes y lanchas en el parador que está situado al final del Camino Costero.

En las primeras horas de la mañana, con mayor tranquilidad aún y menor concurrencia humana, es posible conocer la enorme variedad de aves que habitan los alrededores y que se acercan a las costas: flamencos rosados, gaviotas, cigüeñas, distintas especies de patos –de cresta roja, silbadores, picazo–, garzas moras, teros, cisnes de cuello negro, palomas torcazas, zorzales, benteveos, mirlos y biguás.

Para los fanáticos de la pesca deportiva –aunque en verano sólo está permitida los fines de semana–, Junín tiene otra alternativa: la laguna El Carpincho, ubicada a sólo 4 km de la ciudad pero hacia el extremo opuesto de la de Gómez. En ella funciona el Club de Pescadores, que se encarga de brindar todo lo necesario para que el visitante desarrolle su actividad de la mejor manera posible. De este modo, hay a disposición todo tipo de embarcaciones y casi 10 hectáreas destinadas al camping. En ambas lagunas –y en la de Mar Chiquita, ubicada a 20 km del centro urbano– abundan la tararira, el bagre, las palometas, el dentudo y, sobre todo, el pejerrey, que es el trofeo más ansiado por los pescadores. En cuanto a la ciudad, Junín ofrece sus calles arboladas, hoteles de distintas categorías, confiterías sobre la calle principal Roque Sáenz Peña, un moderno cybercafé y una gran variedad de restaurantes, parrillas y pizzerías. La diversión nocturna tiene lugar en diferentes bares, pubs y discos entre los que se destacan Long Time, Caín, Tangram, Bonita y El Desvío, además de los paradores y parrillas de la Laguna donde es posible bailar hasta que la luz ilumine el sereno horizonte del agua.



EL RÍO CHUBUT Y LOS MURALLONES DEL VALLE.



COLUMNAS DE PIEDRA.

El Valle de los Altares atraviesa el lecho prehistórico del río Chubut. Bordeando el camino, las barrancas exhiben formas misteriosas, sorprendentes, a lo largo de cien kilómetros. En la zona también hay pinturas rupestres.

PATAGONIA INSOLITA: LAS

El valle de

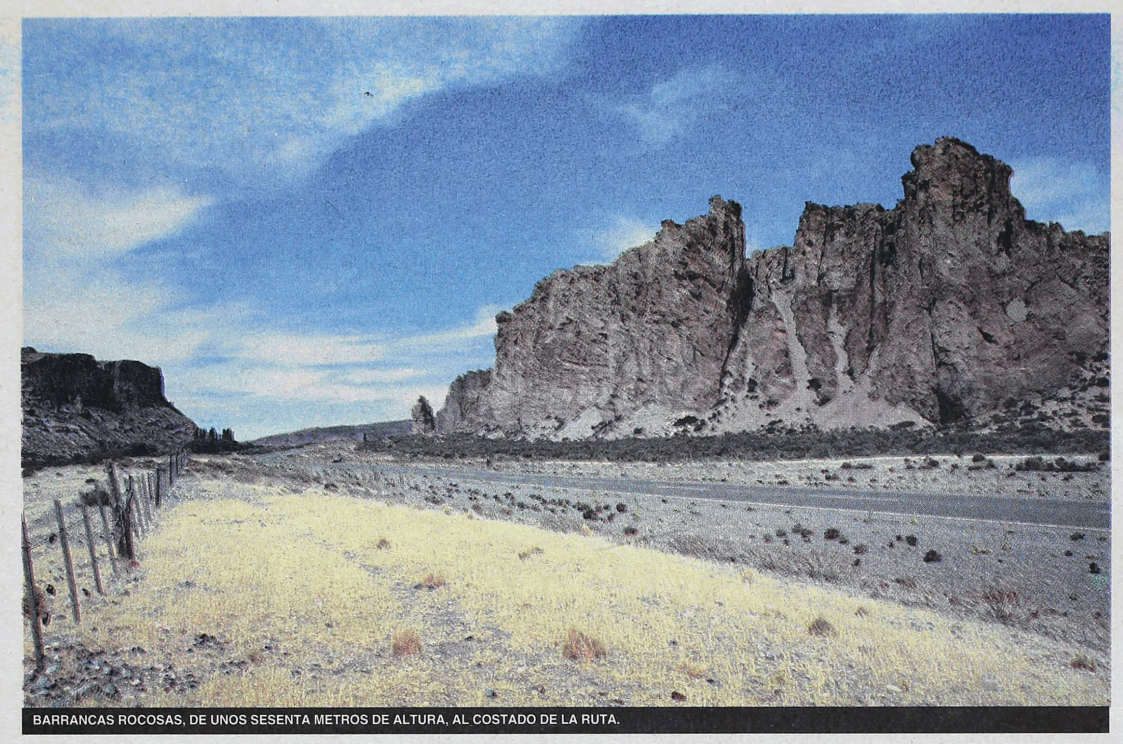
Por Francisco Olaso

Desde el mar a los lagos, de la cordillera boscosa a la estepa desértica, la riqueza paisajística de la Patagonia no parece tener límites. En el centro de la provincia de Chubut, el horizonte es tan remoto como áspero el terreno. Un escenario inhóspito, carente casi de actores e industria humana. Y es precisamente en esta falta donde radica su encanto.

La ruta 25 corre entre el mar y la cordillera. Saliendo de Rawson en dirección a Esquel, dejando atrás Dolavon –el último de los pueblos galeses del valle inferior del río Chubut–, se extiende una vegetación amarillenta y rala. Cada tanto se ve el cauce de algún arroyo seco. Algunos cerros erigen sus formas variadas. Uno de ellos es puntiagudo y rojo. Hacemos una breve escala en el caserío de Las Plumas, que dispone apenas de un despacho de nafta y un hospedaje. No muy lejos hay dos sitios con manifestaciones de arte rupestre, figuras geométricas, curiosas, que se denominan grecas y no tienen paralelo en el resto del continente.

Al dejar Las Plumas, un puente cruza el río Chubut, que serpentea sobre la planicie de manera tortuosa –haciéndole honor a su significado en voz tehuelche– y sigue su curso al costado del camino. Cada tanto aparece alguna estancia, protegida del viento por hileras de álamos. Pero pronto río y ruta se adentran en un accidente geográfico de una majestuosidad extraña: barrancas rocosas, de unos sesenta metros de altura, se levantan a ambos lados del río. Hemos ingresado en un enorme desfiladero. Es el cauce del río prehistórico; las dos barrancas no son otra cosa que sus pretéritas costas. Lo llaman Valle de los Altares. Por él avanzaremos a lo largo de cien kilómetros.

El valle encajonado tiene unos pocos kilómetros de ancho. Con sus orillas cercadas de tamarindos y álamos, el Chubut actual parece un hilo de agua. Más aún cuando se lo compara con su milenaria costa, ayer erosionada por las aguas, hoy hecha barranca y esculpida por el viento. La ladera se desgaja en altares. Las terrazas dejan ver sus capas geológicas, y a la vez adoptan formas que la imaginación puede reconocer como una cabeza, un


BARRANCAS ROCOSAS, DE UNOS SESENTA METROS DE ALTURA, AL COSTADO DE LA RUTA.

EXTRAÑAS BARRANCAS DEL RIO CHUBUT

los altares de piedra


MAJESTUOSAS MURALLAS EN EL PAISAJE PATAGÓNICO.

castillo roto, un animal fantástico, un gesto latente, la proa de un barco, el perfil de un viejo. Con el avance del auto, unas se descomponen en otras, su coloración irrumpe o se difumina. Las sombras salen del fondo convertidas en figuras. Dependiendo de la hora del día, el devenir de esos altares alarga su misterio. Cada tanto la barranca cede, y algunas rocas se desploman junto a la ruta como si se desprendieran de un inmenso glaciar de piedra.

Tehuelches y pumas

El paraje se llama Media Luna. El cartel reza "Lugar prehistórico". Sobre la ladera del cerro hay una pintura tehuelche. Junto a la antigua pintura roja, de apariencia abstracta, algunos visitantes actuales presumen con nombre y fecha de su eterna fugacidad. En algunos de estos cerros hay fósiles de moluscos, restos de troncos petrificados, tierra arcillosa teñida de rojo o verde. Si uno trepa a la cima, sobre el abismo de piedra el suelo es plano, cortado en bloques que tal vez anuncien el próximo derrumbe.

Un poco más adelante el río pega una curva muy próxima al camino. Bajamos del auto para respirar el paisaje. El Chubut se ve angosto pero profundo. Sobre la costa hay huellas de ovejas y garzas. En un codo más lejano, bajo los tamarindos, descubrimos una decena de esqueletos de carnero, cráneos con cornamenta, colgajos de lana. No parece ser la obra de cuatreros hambrientos. Los huesos de los cuartos traseros están allí, y han sido pelados a diente. Es el comedero del puma. Quizá sea el del mismo animal joven, atado a una tranquera, quemado vivo junto a un zorro, un kilómetro atrás contra la ruta. Cosas de esta planicie desértica.

Nos detenemos más adelante en Los altares, donde hay una estación del ACA, un motel, una docena de casas. Muy cerca, en el Cerro Cóndor, hay más pinturas rupestres. El empleado del ACA confirma: por delante nos quedan 40 kilómetros de espectáculo al paso, de regalo para los sentidos. Mientras tomamos algo frío, se acerca un chico de 8 o 9 años. "¿Quiere comprar?", dice. Extiende hacia mí la palma abierta, con cinco puntas de flecha. Tiene más, en un frasco. "¿De dónde son?", le pregunto. "Estas las encontré yo allá", dice, señalando la barranca opuesta. "Estas las hace mi madre", señala las del frasco. Dependiendo del tamaño, valen entre uno y tres pesos. A los ancestros de este chico, y a los de aquel felino calcinado, perteneció alguna vez esta tierra. Hoy es de unos pocos y distanciadísimos hombres blancos. Los primeros en atravesar el valle, en la segunda mitad del siglo pasado, fueron el explorador George Musters, el científico Francisco P. Moreno, los galeses que en la precordillera fundaron la Colonia 16 de octubre y el pueblo de Trevelin. Estos mismos galeses pidieron clemencia para los tehuelches, vencidos por el ejército entre 1883 y 1885. Quien nunca cedió su dominio es el viento, que silba sin cansancio en los altares, como si llamara a un dios ausente.

TIEMPO Y DINERO

El dólar en América Latina
Bolivia: 5,66
Brasil: 2,06 reales
Colombia: 1.580 pesos
Chile: 490 pesos
México: 9,98 pesos
Paraguay: 2.870 guaraníes
Perú: 3,35 nuevos soles
Venezuela: 574 bolívares
Uruguay: 10,85 pesos

El cambio en Buenos Aires
Libras esterlinas: 160,53
Francos franceses: 16,92
Francos suizos: 69,62
Liras: 0,05
Pesetas: 0,66
Marcos alemanes: 56,51
Yen: 0,83

CLIMA EN EL MUNDO*

Ciudad:	Máx.	Mín.	Condiciones
Amsterdam	9	6	lluvioso
Asunción	35	22	despejado
Atenas	14	5	nuboso
Berlín	7	1	despejado
Bogotá	18	9	nuboso
Bonn	8	2	despejado
Bratislava	5	1	lluvioso
Bruselas	10	6	lluvioso
Buenos Aires	31	22	nuboso
Caracas	28	18	nuboso
C. del Cabo	25	17	lluvioso
Copenhague	4	-1	nuboso
El Cairo	20	10	despejado
Estocolmo	-3	-5	nuboso
Ginebra	6	1	variable
Guatemala	25	12	nuboso
Johanesburgo	29	14	despejado
La Habana	30	16	nuboso
La Paz	18	6	nuboso
Lima	27	22	despejado
Lisboa	17	8	despejado
Londres	9	4	nuboso
Los Angeles	22	12	despejado
Madrid	8	5	nuboso
Managua	32	22	despejado
Manila	31	22	despejado
México	23	10	nuboso
Miami	26	14	despejado
Montevideo	28	21	nuboso
Montreal	1	-1	nuboso
Moscú	1	-1	nuboso
Nueva York	6	0	despejado
Oslo	-2	-10	nuboso
Panamá	34	22	despejado
París	9	2	despejado
Pekín	12	0	despejado
Praga	4	0	lluvioso
Pretoria	32	17	despejado
Quito	20	9	nuboso
Rabat	20	10	despejado
Río de Janeiro	32	26	lluvioso
Roma	15	3	nuboso
San José (C.R.)	23	17	despejado
San Juan	29	23	nuboso
San Salvador	32	17	despejado
Santiago	30	12	despejado
Santo Domingo	29	22	despejado
Tegucigalpa	28	16	despejado
Tokio	13	4	despejado
Varsovia	4	2	nuboso
Viena	5	1	nuboso
Washington	7	0	despejado
Zurich	4	0	variable

*Mercado cambiario: datos del día jueves
*Clima: datos del día viernes



UNA NOTA SOBRE EL TURISMO EN PARIS DE MARGUERITE DURAS

Viajeros en la Ciudad Luz

Por Marguerite Duras *

Novelas, relatos, teatro, cine y también notas y reportajes, Marguerite Duras recorrió casi todos los oficios de la escritura. De su libro "Outside", que reúne trabajos periodísticos publicados entre 1957 y 1979, se ha seleccionado este artículo sobre París, los turistas y los parisinos.

París rebosa. Las cajeras de la Torre Eiffel, hacia las cinco de la tarde, están idiotizadas de cansancio. En este momento, entregan billetes a razón de 9000 por día. En el Louvre, este ritmo alcanza en el mismo período, los 5000, 10.000 los domingos, y en el museo Grévin, 4000.

21.000 postales de la Torre Eiffel aterrizan diariamente en Nueva York, Helsinki, Munich, Florencia... La Gioconda y la Coronación de Napoleón I le siguen en este orden. Luego "los desnudos", nos dicen sin precisión de cuáles, todos los desnudos, a la vez que la Victoria de Samotracia y la avenida de la Opera.

La operación turística se liquida regularmente, para todos, con la compra de coñac. El coñac emigra bajo todas sus marcas y submarcas, incluidas las desconocidas para los franceses.

–No tenemos Hennesy, pero llévese Bertrand, no lo lamentará.

El Bertrand llegará; rodeado del máximo cuidado, hasta el tío Ludwig, que, por supuesto, se queda en ayunas, como suele decirse... pero...

Pero los turistas no se dejan engañar todos. Hay excepciones a la regla, por supuesto, pero esas excepciones tienen también sus reglas.

–Es maravilloso –dice Gisela O., veinticinco años, encantadora joven de Hamburgo–, es la primera vez en mi vida que tantos hombres se vuelven para mirarme.

–Pero tú ve a los almacenes –aconseja una modistilla romana a uno de sus amigos que sale hacia París–, ve a todos los almacenes, pregunta todos los precios, y sobre todo no compres nada. Esto nos vengará un poco.

¿De qué?

Todos lo sabemos. Todos somos un poco culpables. Somos los seres del mundo a quienes nos asombran menos los extranjeros. Impasible, París los tantea desde que el turismo existe. Y se les deja solos en su descubrimiento, ritualmente doloroso. Pues es aquí donde se está más solo con excepción de las jóvenes de Hamburgo y a la vez más rodeado, donde se incurre en el mayor ridículo, sobre todo donde es de rigor no perder nunca el pasaje.

–Hay que pasar el mal trago de los primeros días –nos dice una joven americana–. Me había gastado todos mis ahorros para atravesar el Atlántico, y los tres primeros días los pasé llorando en mi habitación.

Después, pasados estos tres días –a veces trágicos para algunos, sobre todo para los intelectuales aislados a los que repele el viaje colectivo en autocar– tiene lugar la reconciliación. En general, esta reconciliación es eterna.

París avanza solo en la historia

–¡Nosotros no lo conseguiremos nunca! –suspiran los americanos delante de la Concorde.

El otro dato es la libertad. Una vez más, dondequiera que lleguen, están de acuerdo. Hasta Roma, al lado de París, es provinciana. Aquí la libertad de costumbres estalla. Parejas de colores dispares que se abrazan en los cafés. En la avenida de la Opera, un senegalés abraza a una muchacha rubia. Imposible equivocarse: París.

Y el pueblo de París, en cuanto se habla de él, da la impresión, nos dicen, de gobernarse solo, de "dejar de lado" sus gobiernos de pacotilla, de ser lo suficientemente adulto como para no ser seguidor de ninguno de ellos, para forjarse sus opiniones solito y bromear continuamente sobre la política oficial. En otras palabras, París avanza solo en la historia, ninguno de sus gobiernos puede seguirlo. La libertad de sus juicios es ejemplar, no lo es menos su repugnancia por el poder. Lee entre líneas de la historia, tienen nariz, y hace ciento cincuenta años que ya no le engañan. Y esto es visible inmediatamente, para todos.

Esta libertad penetra en todo, en los detalles más inesperados, y hay que decirlo, roza a veces la desvergüenza. –Esta Galería de Espejos de la que tanto nos hablan –nos dice un italiano– ¡si supiera usted lo sucios que están los espejos! Pero sucios o no sucios, usted bien sabe que se vuelve siempre, así que...

–Y, estos gatos –dice una holandesa–, estos gatos que tienen ustedes por todas partes, que se deslizan por todos los rincones, tanto en los estancos como en las farmacias, donde nadie los molesta, durmiéndose encima de las medicinas. Para nosotros, es algo extraordinario...

Van ustedes en coches de 1930

Otro dato igualmente general de esta reconciliación, es que la libertad va a la par –y contradictoriamente– unida a la reputación indesarraigable de que París sigue inmutable. Es la ciudad que menos cambia, dicen. Después de veinte o treinta años de intervalo, se la reconoce siempre.

–Todo turista –me dice un español– empieza por buscar el París de 1900, el París callejero del french cancán, de la Belle Helène, de Mayol. A veces cuesta caro, pero es inevitable.

Añade que la noche de su llegada, tras precipitarse a los kioscos para comprar *París Hollywood*, se ha ido naturalmente a Pigalle. Y que allí ha conseguido comprar una docena de postales admirablemente presentadas, pero de las cuales sólo la primera no era una "madonna del Louvre", y las once restantes del paquete eran la Venus de Milo, la Gioconda, etc. 3000 francos. Un negocio, en el fondo, cuando se piensa que una habitación (con ocupantes) se paga hasta a 16.000 francos por noche en la calle Blanche y una sesión privada de cine de una media hora a 12.000.

Al cabo de dos días uno está curado y se descubren en París otras épocas, a veces inesperadas, como por ejemplo:

–La del 11 ligero Citroën –nos dijo un americano– ¡Hace veintiún años trastornaba Europa; aunque todavía sigue haciéndolo! Mientras por todas partes se va en vehículos nuevos, ustedes van en coches de 1930. La única diferencia que encuentro en el fondo, después de diez años de no venir, es que las damas de la Madelaine no llevan ya aquellos zorros plateados que mecían los sueños eróticos de toda la juventud del mundo.

Es inevitable una palabra, sobre la "ligereza" francesa. ¡Ojo con ellos! Es la contraseña de todas las mujeres extranjeras que van a Francia.

–Su reputación es tal –me dice un alemán– que, en nuestra tierra, si un francés, sea manco o tenga sesenta años, entra en un hostal, hay que encerrar a las chicas de más de dieciséis años.

Se dice que los italianos hacen frente a este asalto, que las suecas se libran raramente, que las alemanas ya no vienen hasta su mayoría de edad, y acompañadas, que es la primera vez por lo menos que a las españolas desconcierta semejante falta de consideraciones, que las inglesas las ignoran y que las americanas no se vuelven a marchar. Pero, en fin, ha de reconocerse que el atractivo del riesgo se incluye también, no hagamos trampas, entre los encantos turísticos de París.

Una palabra más sobre este encanto: París es la ciudad donde uno se orienta mejor de Europa. También, en este punto, están todos de acuerdo.

–Aunque fuera sólo por su Torre Eiffel que se ve desde todas partes. Sin hablar ya del Sena, de donde arrancan la mayor parte de las avenidas. Sin hablar del Metro, ustedes quizás lo ignoran, cuyos planos son de una precisión que se necesitaría mala voluntad para equivocarse.

Es caro, dicen todos, extraordinariamente caro, pero todos hablan, al marcharse, de volver un día. Nuestros defectos son los de nuestras cualidades. Es tan normal que sea así, que si fuéramos perfectos se encontrarían mal, y se quedarían desconcertados.

Lo que habría que pedirles, de todos modos, es que se dejaran caer en el falso París. Hablo de aquél, burgués, de un chauvinismo espantoso, siempre en guardia, como durante la guerra, en otras palabras, los imbéciles.

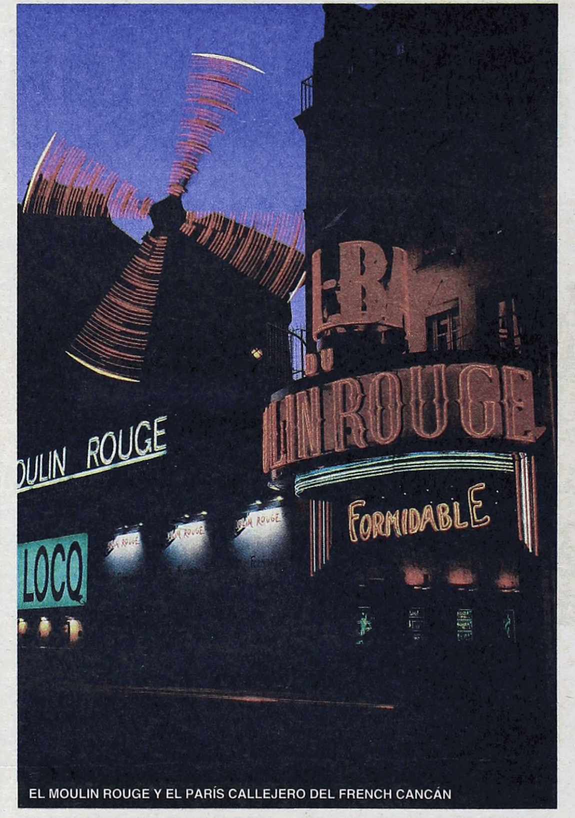
Recuerdo que unos amigos italianos muy queridos llevaban ocho días en mi casa, y un coronel retirado que vivía en el edificio escribió a mi propietario, para denunciar la presencia ilegal y desagradable de "extranjeros" en mi casa.

De este tipo de historias, me han contado muchas.

–Fíjese –me dice una hotelera–, tengo ingleses que me reservan la habitación con un año de antelación, para estar seguros de ver París. Italianos, a veces seis meses...

Evitemos, pues, que encuentran a nuestros imbéciles.

(*France-Observateur*, 1957)



EL MOULIN ROUGE Y EL PARÍS CALLEJERO DEL FRENCH CANCÁN

* *Marguerite Duras:* Outside. *Plaza y Janés. Barcelona, 1986.*